

muerte de *Pedro de Castelnaud*, legado del papa Inocencio II, que habia sido asesinado, si no por orden del conde, al menos sin que hiciese nada por oponerse al asesinato, ni por castigar á los asesinos.

Debajo de la basilica hay una iglesia subterránea no menos curiosa que la iglesia superior. Encierra dos recuerdos sangrientos de los odios religiosos: uno es el sepulcro de Pedro de Castelnaud, asesinado por los vaudes: el otro es el pozo en que los protestantes arrojaron á los niños de coro de la iglesia, que cayeron en él gritando: *Hosanna Christe, fili Dei, miserere nobis!*

La visita de la iglesia, y el examen de todos sus detalles nos ocuparon toda la mañana del sábado; de modo que á las dos salimos pedestremente para Nimes, no pudiendo la poblacion de San Gilles ofrecernos ni un mal cabriolé, ni un caballo de alquiler. Afortunadamente que una expedicion de cuatro leguas no era para asustarnos: al contrario, aceptamos con placer aquella ocasion de ver el terreno palmo á palmo, y si no hubiese sido por la imposibilidad de transportar con nosotros el bagage necesario á un viage de un año, creo que desde entonces hubiéramos adoptado para todas parte este método de locomocion.

En efecto, apelo á cuantos han viajado con el *album* de poeta debajo del brazo, y la cartera de dibujantes á la espalda. ¿Hay felicidad comparable á la del que lleva la vida errante, libre, que indiferentemente se vuelve al punto del horizonte que le acomoda, que se detiene donde halla mies, se aleja al primer fastidio que siente sin echar de menos lo de la vispera, llevando su riqueza del dia, sin temer á mañana, seguro como está de que cada aurora traerá su rocío, cada medio dia su sol, y cada noche su crepúsculo y sus frescas brisas? Jamás he comprendido que los que así puedan viajar no viagen de este modo casi nunca.

En cuanto á mí, lo confieso: los mejores, lo mas dulces recuerdos de mi vida son los de aquellas expediciones hechas en Suiza, en Alemania, en Francia, en Córcega, en Italia, en Sicilia y en Calabria; unas acompañado de un amigo, otras solo con mis pensamientos.

Los objetos que se presentan á vuestra vista no han tomado frecuentemente si no un color vulgar, y toman al momento que se les vuelve á ver con el recuerdo, un tinte poético de que jamás hubierais podido creer que la memoria los revistiese. Así es preciso no volver á ver los lugares que se han visto, si se quiere conservar la virginidad de su primer aspecto. En los paisajes, como en los hombres, es preciso no profundizar los detalles, si se los quiere admirar en su conjunto.

El tránsito de San Gilles á Nimes no ofrece nada notable; sin embargo, me acuerdo de él

con gran placer, no porque haya conservado memoria de las variedades del terreno que hemos recorrido, porque ni de una sola me acuerdo, sino porque traigo á la memoria aquel magnífico dia del otoño meridional; el sonido de las campanas atravesando un aire limpio y fácil de respirar, en fin, un aire de fiesta derramado en toda aquella campaña, y que provenia de los grupos de labradores que iban á Nimes, vestidos como en los domingos para asistir al *herradero* del dia siguiente.

Al aproximarnos á Nimes á nuestra vuelta de *Aguas-Muertas*, nos chocó un extraordinario espectáculo: la ciudad parecia una inmensa colmena, alrededor de cuyas puertas se agolpaban millares de abejas: gritos, rumores, zumbidos como se oyen en las conmociones populares. En medio de toda aquella barahunda se distinguia el redoble de los tambores y el estrépito de los cohetes. Apretamos el paso para no perder nada de los preparativos, y al pasar la puerta caímos de un salto en medio de la procesion que el anuncio de la funcion hacia; componiase de tambores y chirimías, detras de los cuales marchaba un pilluelo de doce á quince años, descalzo, vestido con una camisa y un simple pantalon de percal sostenido por un solo tirante, y llevando una especie de palo, en lo alto del que se leia sobre una tabla clavada al través: **GRANDE HERRADERO.**

Detras de aquella especie de bandera venian la mitad de los trabajadores y de las criadas de la ciudad; la otra mitad se hallaba asomada á las ventanas. Pusimos á seguir la procesion, y llegamos al hotel.

Allí encontré una carta de Reboul. Obligado á cumplir la oferta que habia hecho á un amigo de ir á pasar el domingo á una casa de campo, se excusaba con nosotros de no poder acompañar á la fiesta, pero se ponía á disposicion nuestra para todo el dia del lunes.

El *Herradero* era para el dia siguiente á las tres de la tarde: nuestro huésped nos prometió enviar uno de sus pinches para que nos ocupase y guardase nuestro asiento. Nos acostamos, pues, perfectamente tranquilos.

Hacia la una de la madrugada me despertó un gran ruido que habia en la calle. Corrí á la ventana, y vi al cabo de la calle una masa informe que venia rápidamente en medio de confusos rumores compuestos de gritos de hombres, relinchos de caballos y terribles mugidos: eran los toros bravos de la *Camaruga*, que debian servir á la funcion de la mañana siguiente. Entraban en Nimes, acosados por sus conductores á caballo, que para impedirles el que se separasen corrian tras ellos por los costados, como hacen los perros de los pastores alrededor del ganado. Era ni mas ni menos que el encierro. Llamé inmediatamente á Jadin para que viese aquella es-

traña corrida; pero mientras se levantó, aquel tropel de hombres y animales, á los que la oscuridad prestaba una fantástica apariencia, habia pasado como una vision de brujas, llevando consigo sus clamores y la nube de polvo que levantaban, de manera que cuando vino no halló mas que la calle vacia y silenciosa, escepto el que á lo lejos se veia una sombra y se oia un ruido parecido al de un escuadron de caballería que desaparece.

Cuando me desperté á la mañana siguiente, creí que habia soñado. Hablé á mi huésped de aquella nocturna aparicion como de una cosa que no me atreveria á afirmar haber visto. Entonces me explicó que los toros los encerraban así de noche, porque de dia acometerian á cuantos encontrasen delante de ellos. Así que iban derechos al circo, donde los encerraban bajo la bóveda del anfiteatro que servia en otro tiempo de habitacion á los gladiadores. En tanto que me daba esta explicacion, volvimos á oír el tambor de la vispera, y la procesion del *Herradero* pasó acompañada de una multitud todavia mayor que la que le seguia el dia antes.

Como la funcion no comenzaba sino á las tres, y teniamos libre toda la mañana, la empleamos en hacer una visita á la *Torre Magna*, que habiamos divisado la vispera al volver de San Gilles.

Aquel monumento, cuyo primitivo destino se ignora completamente, sirve hoy de telégrafo: es, como indica su nombre, una gran torre de cien pies de alta, y que hacia fines del siglo XII servia de fortaleza á los condes de Tolosa. A principios del siglo XVII la opinion de que era un antiguo *Erarium* romano, *tesoro público*, prevaleció, y tomó tal consistencia, que un habitante de Nimes, llamado Francisco Traucat, pidió y obtuvo de Enrique IV la autorizacion de hacer escavaciones en el interior de aquel edificio. Esta autorizacion fué concedida el 22 de mayo de 1601. «Con condicion de que el dicho Traucat haria á su costa lo que creyese conveniente, y el tesoro que hallase, fuese en oro, fuese en dinero ó en cualquiera otra cosa, le perteneceria la tercera parte, reservándonos las otras dos para emplearlas en nuestras necesidades urgentes. Dado en Fontainebleau el veintidos de mayo del año de gracia mil seiscientos uno, el doce de nuestro reinado.»

Hicieronse las escavaciones á costa del dicho Traucat: pero el ciudadano de Nimes perdió allí su tiempo y su dinero.

Concluida nuestra inspeccion á la torre, oímos de nuevo los tambores y las chirimías del *Herradero* que pasaban por la plaza de la Fuente, ó iban á las Arenas.

En efecto, eran las tres menos cuarto; las tiendas, las tabernas, los cafés, las casas vaciaban la gente á las calles. La carrera que dirige á la sala del espectáculo, desde la puerta de San Antonio á la que va desde los

cuarteles á la esplanada, se hallaba atestada de una multitud inmensa.

Era de creer que por inmensas que fuesen las Arenas no podrian contener tantos espectadores. Así, apretamos el paso, y llegamos bastante á tiempo para ponernos en fila de cinco ó seis mil personas: nos tranquilizamos al ver que éramos de los primeros.

Apenas se abrió la verja cuando la multitud se abismó en el monumento con una increíble rapidez. Como gracias á nuestra alta estatura dominaban nuestras dos cabezas á todos los demas, vimos aquella grande puerta abierta que devoraba así una poblacion entera, y empujados por diez mil personas agolpadas detras de nosotros, nos sentimos invenciblemente atraídos hacia la garganta del monstruo, que nos tragó á su vez; empero apenas fuimos tragados por él, cuando como Jonás nos hallamos perfectamente cómodos en el vientre de nuestra ballena. Las seis mil personas que nos habian precedido estaban desparamadas sobre las graderías, sin producir mas efecto, ni parecer mas numerosas que cuando se hallan á medio llenar nuestros teatros: no tuvimos que cuidarnos de hallar al pinche encargado de ocupar y guardar nuestros asientos; le dejamos que se aprovechase de ellos para él mismo, y nos fuimos á colocar en la grada de las vestales.

En el momento Milord que nos habia perdido en la confusion, se presentó en la arena perseguido por los guardas que, como los centinelas de las Tullerías, tienen orden de no dejar entrar perros sin amos. Nos dió compasion de la triste situacion de nuestro compañero de viage, que huyendo y todo, hacia chispear sus grandes ojos, dando vueltas con ellos al circo buscándonos en medio de seis ú ocho mil espectadores ya acomodados. Jadin dió un silbido particular. Se paró Milord, nos vió; se lanzó hacia nosotros de grada en grada, saltando con todo el vigor de sus fuertes y cortas patas; pero al tercer brinco desapareció de repente cual si hubiera caido en un abismo. Un agujero abierto por el tiempo se hallaba al otro lado de la grada que acababa de saltar, y habia desaparecido en las profundidades del anfiteatro, cual Decio en su sima.

Corrimos inmediatamente á la boca superior del agujero, echamos la vista en las cavidades del monumento; pero no descubrimos en el fondo sino los restos, ruinas y piedras sobre las que Milord debió haberse aplastado, y como le queriamos mucho, apesar de las disputas que su antipatia por los gatos nos ocasionaba todos los dias con los fondistas y posaderos, bajamos rápidamente por el vomitorio mas inmediato á fin de darle socorro.

En vano buscamos rastro de él en el sitio en que habia caido, y que reconocimos en la forma de la abertura. En vano silbamos en



todos los tonos que sabíamos gustarle mas, en vano le llamamos por su pronombre de Hope, y por su nombre de Milord: nada nos respondió.

Creímos en consecuencia que satisfecho de lo que había visto de la función, se habría vuelto á la fonda, y nos fuimos á volver á ocupar nuestros sitios, cuando al poner el pie en el circo, vimos á nuestro amigo Milord defendiendo nuestros sombreros contra dos personas que querían quitarlos de su lugar para sentarse allí ellas. Fuimos á ayudar á nuestro guarda que nos recibió moviendo la cola, y olfateándonos de una manera muy alegre. Le examinamos con atención; no tenía señal ninguna de la caída y parecía tan tranquilo cual si nada le hubiera sucedido; por consecuencia le hicimos señas de que se echase á nuestros pies, y lo hizo así inmediatamente.

Entretanto se había llenado casi el circo. Estaban ocupadas todas las graderías practicables: solo se veían vacíos los puntos arruinados, de modo que los espectadores mas próximos no se hallaban separados de la Arena, sino por el muro de seis pies que hay en todo el rededor, y los mas elevados se mantenían de pie sobre el ático del anfiteatro; algunos se habían encaramado como monos al extremo de los grandes mástiles azules plantados en los agujeros de los postes destinados á sostener los toldos, *Velarium*, y en nuestros días á izar el pabellón tricolor, en las grandes festividades, tales como el paso del duque de Orleans, los días del rey, ó el aniversario de la revolución de Julio.

En fin, cuando desaparecieron las últimas piedras bajo aquella oleada de hombres, como un resto de la tierra bajo un diluvio, cuando no quedó ya nadie mas en las verjas exteriores, cuando estuvieron bien convencidos de que se hallaba toda la población reunida en las Arenas, se cerraron las puertas.

La trompeta de la ciudad, heraldo de la función, se adelantó en el área del circo, é hizo oír su sonido. A su último toque dos ganes montados en sus caballos blancos de la Camarga, entraron llevando en la mano un tridente, dieron la vuelta al anfiteatro despejándolo así de las gentes que por allí paseaban, y que fueron como pudieron á tomar asiento en el circo, dejando libre y despejado el circo á los lidiadores.

Entonces examinando yo la poca altura del muro ó barrera que protegía á los espectadores, me pregunté como las antiguas gradas se hallaban protegidas contra el furor y rabia de los animales que las poblaciones venían á ver degollar á millares.

Una barrera de seis pies, tal vez, bastaría para detener á los animales pesados: y aun creo que en las corridas de toros españoles, sucede muchas veces que los toros, y sobre todo los navarros, que son los mas vivos y li-

geros, saltan la primera barrera, que es de cinco pies, y se hallan en un corredor, cuya estrechez sola les impide saltar por encima de la segunda barrera que, sin embargo, es mas alta de quince á diez y ocho pulgadas; pero en los juegos antiguos en que los animales combatientes eran tigres, panteras y leones, en que César hizo salir una serpiente de cincuenta codos, que no tenía mas que desplegar algunos de sus anillos y enderezar la cabeza para alcanzar á la cuarta ó quinta fila de gradas, y Agrippa veinte elefantes cuyas trompas debían alcanzar al palco de las vestales y del emperador; que barreras protegían á los espectadores de que no se encuentra vestigio alguno, y que sin embargo, ningún autor contemporáneo ha consignado accidente alguno de los que sin una barrera ó verja, debieron haber sido muy comunes (1)?

En esto estaba de mis reflexiones que comuniqué á Jadin, cuando resonó un inmenso alharido de alegría: fijamos la vista en la Arena y debajo de nosotros, contra la puerta que habían cerrado detrás de él, vimos el primer toro que espantado con aquel ruido trataba en vano de volver á entrar, reculando al toril del que acababa de salir. Acostumbrado á las inmensas soledades de la Crau, á las arenosas llanuras de Aguas-Muertas, ó á las lagunas de la Camarga, paseaba asombrado y agitado sobre aquel círculo de espectadores, en que se hallaba encerrado, su mirada estúpida, sombría y feroz. Viendo entonces que no tenía salida ninguna, y viéndose rodeado de un círculo de granito, bajó la cabeza: hizo oír un largo mugido, y se puso á escarbar la tierra con las manos.

Estas demostraciones hostiles fueron recibidas con gritos de alegría; pero de todos los espectadores en el que produjeron mas efecto fué sin contradicción alguna en Milord, que estando echado á nuestros pies se levantó convulsivamente, erizó su pelo, y recordando sus antiguas luchas en la barrera del Combate, se hubiera lanzado en el instante mismo en el área si su amo no le hubiese contenido fuertemente por el collar.

Durante este tiempo, uno de los dos ginetes había dado algunos pasos con dirección al toro, que de pronto, viendo que era decididamente aquel el enemigo que tenía que combatir, se precipitó sobre él con la cabeza baja, con tal rapidez que todo el anfiteatro dió un grito compuesto de treinta mil voces, que á la vez gritaban ¡qué le coge, que le coge! Pero el ligero jamelgo de la Camarga dió un salto de lado con tal destreza y precisión, que se hubiera creído que los dos ad-

(1) Merimé, en su excelente obra sobre los monumentos históricos del Mediodía de la Francia, hace investigaciones sobre este asunto; empero no encuentra ni en los descubrimientos de los arqueólogos, y en las escavaciones practicadas hasta hoy nada que aclare esta cuestión.

versarios no se habían tocado si el toro doblándose sobre los corbejones de atrás no hubiese levantado la cabeza dando un mugido y sacudiendo sus narices atravesadas por el tridente del jinete, y no hubiese manchado la arena del circo con anchas gotas de sangre.

Resonaron en aquel mismo instante, de todos puntos del circo, grandes aplausos para el hombre, y dennestos para el animal, animando á los dos á continuar la lucha, al uno á herir de nuevo al toro y al otro á vengar su derrota. En efecto, sin distraerse el toro por la vista del segundo jinete miró en derredor de sí para buscar al que le había herido, y viéndole en un extremo del anfiteatro se volvió hacia su lado siempre inmóvil, pero pronto á lanzarse á la carrera. Entonces el jinete puso su caballo al galope, dió una ó dos vueltas en el circo como lo hacen los escuderos en los ejercicios ecuestres. El toro le siguió con los ojos, parado siempre; despues, á galope, se lanzó calculando con maravillosa sagacidad el sitio donde debía encontrar caballo y jinete para clavarlos contra la pared. Había ya su enemigo adivinado aquella maniobra: lanzado el caballo á galope llegó levantándose de manos, y el toro, precipitando su carrera, vino como un antiguo ariete á chocar en frente, en la pared á tres pies casi delante de él. Fué tal la violencia del golpe, que cayó atolondrado y temblando como si le hubiese aplastado la maza de un carnicero.

El jinete picó espuelas al caballo que saltó ligeramente por encima del toro tendido en el suelo. Entonces, inmediatamente, un hombre vestido de encarnado, parecido casi á los antiguos diablos del teatro de la ópera, salió de una de las bóvedas llevando en la mano un hierro encendido, y vino á aplicarlo sobre el muslo del animal, que no pensando ya en defenderse se contentó con levantar la cabeza lanzando un lastimero gemido, se dejó atar una cuerda al cuello y levantarse sin resistencia alguna, y siguió con gran aplauso de la muchedumbre al hombre vestido de encarnado bajo la bóveda opuesta á la de que había salido. Apenas había desaparecido detrás de la puerta el animal vencido, cuando se volvió á abrir la de enfrente y salió un segundo toro á la arena.

Preciso es confesar para mengua de la raza vacuna de la Camarga, que éste no tenía ninguna de las cualidades belicosas del primero: tan cierto es que entre los animales de una misma comarca, como entre los hombres de una misma patria, los caracteres no solamente son distintos, sino tambien opuestos. En efecto, la impresión que produjo al toro recién salido el tránsito de las tinieblas á la luz, y la comparación de la vista de los cañaverales, los solitarios tamarices de la Camarga con aquellos treinta mil espectadores colocados sobre las gradas, fué visiblemente un sentimiento de terror. Volvióse para en-

trar por la puerta que ya se hallaba cerrada, y viendo que era imposible la huida, dió una vuelta al circo con paso desigual y asustadizo. Entonces los dos ginetes viendo con qué antagonista tenían que habérselas se acercaron cada uno por su lado, con la misma precaución que tomaran los perros que quieren cogerse de las orejas de un jabali, y cogiéndole el morro entre los dos tridentes lo llevaron así hasta el medio de la arena.

Allí una especie de carnicero, de hercúleas formas le aguardaba, y cogiendo al toro por los cuernos, bajando una mano y levantando la otra lo derribó de costado. Inmediatamente el mismo hombre vestido de encarnado salió de nuevo de su bóveda, vino á marcar sobre la parte trasera al paciente animal, y echándole delante de él con piedras le hizo tomar el camino del arco en donde debía encontrar su camarada, á quien su brillante defensa había adquirido tantos aplausos, como á éste su cobardía denuestos y silbidos.

No había salido todavía de la arena cuando todos los espectadores gritaban á una voz: ¡otro toro! ¡otro toro!...

Inmediatamente fueron obedecidos, y el nuevo adversario se presentó tan rápidamente, que estaba en medio del circo antes que hubiese podido haber tiempo de verle salir. Uno de los dos hombres de á caballo que todavía no habían combatido, se aprestó á ello inmediatamente. No fueron largos los preparativos: consistían en poner su tridente enristrado, ni mas ni menos que nuestros antiguos caballeros ponían sus lanzas. Despues, habiendo hecho diestramente retroceder al caballo, tomaba terreno, tanto, cuanto lo permitía la estension del circo, y se lanzaba sobre el toro inmóvil, que al verle venir levantó rápidamente la cabeza, en tales términos que su antagonista no tuvo tiempo de levantar el tridente que debía únicamente herirle en el morro, y en lugar de esto, fué y le clavó lo largo de sus tres puntas, es decir, dos ó tres pulgadas, en medio del pecho.

Temiendo el jinete matar al animal, cuando no podía mas que herirlo, lanzó el tridente, cuyo mango cayó á tierra, y el hierro permaneció clavado en el toro debajo de la garganta.

Esta torpeza disgustó muchísimo al anfiteatro que aulló como si hubiese recibido él mismo el golpe. En cuanto al toro apenas se sintió herido, cuando por un movimiento natural en los animales, se echó contra el arma que había quedado en su llaga, andando, si puede decirse así, contra su herida y su dolor. Pero al cabo de dos ó tres pasos, el mango del tridente chocando en tierra encontró un punto de apoyo bastante fuerte para resistir. Hizo el toro un esfuerzo terrible y se clavó todavía mas el tridente en el cuerpo, y si no hubiera sido por la barra transversal que formaba la base de las puntas, le hubiera



entrado todo el palo en el cuerpo. Doblóse el mango del palo como un arco y se rompió de pronto, y el animal exaltado por su fuerza misma cayó de rodillas, dejando uno de los pedazos detrás y llevando el otro colgado del pecho.

Entonces fué cuando el jinete que le había herido, tomando el tridente de su compañero, volvió al toro para reparar por un nuevo ataque leal y franco la falta que había cometido, y antes que se hubiese levantado le clavó el hierro de su lanza en el morro. Vuelto en sí el animal por el dolor se levantó inmediatamente, y entonces comenzó una verdadera lucha. Mugió el toro y se lanzó sobre el jinete que volvió á hacerle una nueva herida. Herido el toro, levantó mugiendo su ensangrentada cabeza buscando con los ojos á su enemigo que le aguardaba. Apenas le hubo visto cuando volvió á la carga y recibió un nuevo golpe. Cambiando inmediatamente de objeto y rencor trató de atacar al caballo; pero este hecho á semejantes maniobras, multiplicó sus saltos diestramente, de manera que presentaba siempre á su enemigo la punta del tridente de su jinete.

Entonces aplaudió con furor todo el circo, pero como se aplaudía en los antiguos circos, con movimientos de furor; se levantó de aquella cuba de granito, calentada por un sol de 24 á 25 grados, un ruido sin nombre, un clamor inaudito, un rugido como el de las olas del Océano, durante una tempestad. Pero de pronto cesó como por encanto aquel inmenso rumor; desesperanzado el toro de alcanzar á su enemigo había señalado otra víctima: era el segundo jinete que había cometido la imprudencia de permanecer sin armas en la arena. Un grito le advirtió del peligro que corría y pudo evitar el primer ataque: pero abandonado completamente del caballero armado, el toro se puso á correr tras él.

Entonces pudo juzgarse de la superioridad en la carrera del toro sobre la del caballo; apenas había dado este treinta pasos huyendo cuando fué alcanzado en el costado por sus enemigos. Caballo y jinete rodaron cada uno por su lado, titubeó un instante entre sus dos enemigos y casi inmediatamente metiendo la cabeza entre las piernas se precipitó sobre el hombre.

Pero antes de que hubiese dado este paso encontró en el camino un nuevo adversario: era Milord, que del primer salto se había lanzado de la grada al circo, y del segundo al morro del toro donde había hecho presa. Sorprendido el animal se detuvo, alzó la cabeza, y mostró á los espectadores el terrible alano colgado de sus orejas con sus dientes de hierro. Durante este tiempo el jinete derribado en el suelo se levantó y corrió á guarecerse bajo la bóveda donde se hallaba el hombre vestido de encarpado.

En cuanto al caballo se puso de rodillas tratando de seguir á su amo; pero volvió á caer inmediatamente en el suelo: el cuerno le había penetrado todo el pecho izquierdo. El segundo jinete no sabiendo como atacar al toro, lo aguardó.

No fué largo el resultado de la lucha: herido el animal en el pecho, fatigado con sus inútiles reiteradas cargas, trató desde luego de aplastar á Milord bajo su cuerpo; pero Milord sabía tan bien su oficio como el mejor toro de la Camarga. Cada vez que el toro bajaba la cabeza como Anteo, Milord tocaba la tierra y recobraba nuevas fuerzas. Levantaba entonces el toro la cabeza y sacudía convulsivamente á su enemigo. Dejábase sacudir Milord, pero su infernal quijada no cedía ni aflojaba una línea. Duró esto casi unos cinco minutos corriendo el toro como un loco tan pronto con la cabeza levantada como baja: en fin, se paró temblando sobre sus manos. En aquel momento salió el carnicero de la bóveda y se llegó á él. Al verle adelantarse el toro encontró un resto de sus fuerzas y se lanzó á su encuentro; pero su último adversario le cogió por los cuernos y ejecutando la maniobra que había hecho antes. Inmediatamente Milord, viendo tendido á su enemigo, soltó la presa y volvió alegre y modesto, conociendo que había sido la admiración de treinta mil personas, á tenderse pacíficamente pero ensangrentado á nuestros pies.

Temiendo nosotros que el entusiasmo nos eligiese para los honores de la ovación, aprovechamos el momento en el que la muchedumbre, después de volverse á nuestro lado, atendía á la operación de herrar y poner la marca, para escaparnos por un vomitorio que había detrás de nosotros. Nuestra retirada triunfal se hizo sin obstáculo, y Milord siguiéndonos, sin sacar por todo fruto de su victoria mas que el cumplido del portero que al abrirnos las verjas con respeto nos dijo meneando la cabeza:

—Podeis alabaros de tener un valiente perro....

Volví á entrar en la fonda con la cabeza aturdida de la gritaría que hace comprender como debe ser en su cólera aquel pueblo tan terrible en su alegría. Sin embargo, todo el resto de la semana, Nimes se encontraba sumido en el silencio y en la mas completa soledad: apenas asomando la cabeza á la ventana se ven tres ó cuatro personas en toda la extensión de la calle: consiste esto en que la población obrera, compuesta en su totalidad de tejedores de seda y de algodón, viven en sus talleres ó en sus cabañas, y no salen de su subterránea mansion, donde se consumen en su tenebroso trabajo, si no en los dias de motin ó de fiesta.

Así hombres y mugeres se consumen y gastan bien pronto en aquella atmósfera política y polvorosa, donde las pasiones políti-

cas se exaltan ó se perpetúan los odios religiosos. Así el lenguaje mismo es á la vez melancólico y animado, amenazador y poético. Un mes antes de nuestra llegada algunas reuniones tumultuosas se habían verificado: los obreros y los trabajadores pedían un aumento de salario que los rehusaban los fabricantes. Se pasaba el tiempo en inútiles parlamentos entre aquellos infelices que pedían algun cuarto mas para vivir y los ricos que rehusaban concedérselo. Entonces se oyó á uno de aquellos hombres del pueblo gritar con sombría desesperación:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Haced caer un dia pólvora y una hora de fuego y que todo concluya!

Al contar la historia de los asesinatos de Avignon he contado los de Nimes: las mismas causas provocaron los mismos efectos; los mismos odios aguzaron los mismos puñales: el mismo oro pagó la sangre. Pero en Nimes como en Avignon no debe ser responsable la ciudad del crimen de algunos. La memoria de Trestaillon es tan execrada por los realistas mismos, como lo es la de Farges, de Roquefort y de Puntigudo.

La casa que pertenecía á este miserable está desierta é inhabitada como un sitio maldito, y se le enseña al viajero, arruinada en medio de su inculco é infecundo jardín.

Ademas, después de la revolución de julio se han disminuido mucho estos odios. A lo que se asegura estuvo á punto de comprometerlo todo el gobierno mandando la destruccion de las cruces. Los protestantes, á quien el nuevo movimiento político había dado la victoria, en lugar de aplaudir este acto, se encerraron en sus casas, dejaron á los gendarmes toda la responsabilidad de la sacrilega tarea. Se completó con la conciencia que ponen en todos los ejercicios de este género. Fueron derribadas las cruces, y algunas mugeres pisoteadas por los caballos. Durante un dia ó dos hubo de nuevo en las calles de Nimes lamentos y sangre, pero el sol ardiente del Mediodia secó bien pronto todo esto. Hoy se dice que los recuerdos de 1815 y 1830 están enteramente olvidados ¡Dios lo quiera!

Hay en Nimes quince mil protestantes y treinta mil católicos. En medio de todas nuestras operaciones del dia no habíamos tenido tiempo todavía para visitar la Casa Cuadrada, que se mira generalmente como la obra maestra de la arquitectura antigua en Nimes, y que el cardenal Alberoni decía que era preciso encerrar en un estuche de oro.

Tal era tambien sin duda el parecer de Luis XIV y Napoleón, que pensaron seriamente en hacer transportar á París aquella maravilla del arte del siglo II: pero las raíces de piedra que se habían sostenido en pie después de diez siglos, se hallaban profundamente enclavadas en la tierra: fué preciso renunciar á ello. Luis XIV olvidó este proyecto bailando

sobre el teatro de la Opera, y Napoleón ganando la batalla de Eylau. Por mucha prisa que tuviéramos por ver una alhaja que había escitado los deseos de un rey y de un emperador, á quienes la historia llama grandes, se hallaba el dia tan adelantado, que dejamos nuestra visita para la mañana siguiente.

Como nos lo había prometido Reboul, estaba en nuestra casa á las ocho. Dimos orden á nuestro fondista y á nuestro guia, de que tuviese listo el uno el desayuno y el otro el carruaje para nuestra vuelta, y nos pusimos en camino para ver y contemplar la maravilla romana.

Yo no sé si nos dirigimos por una calle desventajosamente colocada, pero el primer aspecto de aquel monumento no correspondió á la idea que me había formado de él: le encontré pequeño comparado con las Arenas, y comprendí muy bien que al verle Napoleón hubiese concebido la idea de llevarsele, como aquellos arquitectos de la edad media que se representan con su catedral en la mano.

Las columnas empotradas en la pared parecen sofocadas y causan poco efecto: sus capiteles son demasiado cortos para las columnas que sostienen; en fin, la cornisa está recargada por los adornos. Solo el pórtico verdaderamente es el que presenta un aspecto grandioso y magnífico.

La Casa Cuadrada es el Museo de Nimes, pero como es de poca extensión, uno de los trozos de arquitectura hallados en las escavaciones, se encuentra alineado alrededor del templo: el interior encierra lo que se ha creído mas precioso, entre lo cual están las famosas águilas sosteniendo una guirnalda.

Al levantar los ojos percibi los casetones del techo, los cuales eran de carton-piedra. Manifesté mi indignación de un modo tan enérgico que Reboul se creyó obligado á tranquilizarme contándome las sucesivas degradaciones por que había pasado la Casa Cuadrada.

La Casa Cuadrada, edificada segun todas las probabilidades en el reinado de Antonino, que era de Nimes, tenía otra igual que se hallaba reunida por un pórtico. La que nos ocupa se libró de la destruccion y tal vez fué salvada por los primeros cristianos que hicieron de ella una iglesia bajo la invocación de San Estéban mártir. En el siglo XI hicieron de ella una casa de ayuntamiento. Su altura se dividió entonces en dos pisos, y abrieron ventanas en las paredes de esta. Tres ó cuatro siglos mas tarde fué abandonada á un tal Pedro Boys, acreedor de la ciudad, en pago de sus créditos.

Apenas fué propietario de ella, cuando construyó á un lado una casa en la parte meridional del edificio, degradando y agujereando el muro para hacer entrar las maderas y los postes destinados á sostener el techo de la nueva construcción.



De las manos de Pedro Boys pasó la Casa Cuadrada á las del señor de San Chaptes, que hizo de ella una cuadra, y para darla mas estension reunió las columnas del peristilo por una pared de ladrillos; dividió el interior en pajares y en pesebres: en fin, cortó las columnas del peristilo para poner en el un cobertizo destinado los dias de mercado y de feria á abrigar las caballerías, con las que parece que el señor de San Chaptes hacia comercio.

En 1670 sus herederos la vendieron á los religiosos agustinos, que volvieron á hacer de ella una iglesia y construyeron una nave, un coro, capillas y tribunas, y estuvieron á punto de hacerlo venir todo á tierra al abrir sepulcros en el firme que sostiene el peristilo.

En fin, en 1789, la Casa Cuadrada, considerada como bienes del clero, fué arrebatada á los monges y se convirtió en la casa de la administracion central del departamento.

Desde esta época, lejos de correr nuevos peligros, se han ocupado, no solo de restaurarla, sino en embellecerla. La han incrustado una hermosa lápida de mármol negro, sobre la que se han escrito en letras de oro la palabra *Museo*. En fin, se la ha hecho un techo de carton-piedra. Esperamos que una mañana el consejo municipal se despertará con la idea de blanquearla, y entonces el embellecimiento no dejará de ser completo.

Volvió Reboul á desayunarse con nosotros: en estas dos últimas horas que pasamos juntos no le dejamos parar, hasta que se decidió á hacer imprimir sus versos. Consintió al fin despues de habernos hecho mil objeciones que le destruimos completamente, y yo me marché á Beaucaire, encargado con plenos poderes para Gossein.

A mi vuelta á París, Lamartine se unió á mí, tomamos con eficacia el negocio, que dió por resultado la publicacion de un volúmen de poesías cuya inmensa voga, no solamente correspondió á nuestras esperanzas, sino que las sobrepujo. Así hemos dado á conocer á la Francia las producciones de Reboul, poeta y panadero.

### LA TARASCA.

En tres horas casi hicimos el camino de Nimes á Beaucaire. Como esta ciudad no se halla separada de Tarascon en donde contábamos pasar la noche, si no por el Ródano, nos detuvimos al pie del castillo y enviamos nuestro cabriolé á anunciarnos á la posada.

Beaucaire, como aquellas gigantescas serpientes de la América Meridional que comen todo en un dia y digieren durante seis meses, vive todo el año de su feria, cuya reputacion es europea. La mayor parte de las casas, que son almacenes, cerrados trescientos cincuenta y ocho dias al año, se abren al acercarse el 22 de julio, época en que los desiertos muelles de la ciudad se transforman y cambian en bazares.

Entonces los caminos de Nimes, de París y de Orgon, se atestan de carruages: los puertos de Tolosa, de Cetté y Aguas-Muertas se cubren de barcas y de navios, y el Ródano, esa grande arteria del Mediodía, parece arrastrar olas de vida: el comercio de la Europa entera se halla representado en esta fiesta de la industria. Mulhausen envia sus impresiones y sus percales blancos; Rouen sus tejidos; Nimes sus lienzos y sus alcoholes; Perpiñan sus anchoas y sus sardinas; San Estéban sus fusiles y sus cintas; Grasse sus aguas de naranja y sus aceites; Avignon sus cueros y sus florencias; Marsella sus palos de Campeche y sus géneros coloniales; Tarascon sus muselinas y sus bordados; San Quintin sus lozas y sus percales; Lion sus sombreros y sus sedas; Sauve sus medias y sus gorros de algodón; Montpellier sus drogas; Salins sus cristales; Vervins sus latones y artefactos de cobre; San Claudio sus cajas de tabaco; Chatelleraut sus cuchillerías; Viena sus paños; Amiens sus terciopelos; Paris su quincallería, sus alhajas y sus chales; Génova sus pastas; Cataluña sus corchos y la Prusia sus caballos. Comienza esta feria como hemos dicho el 22 de julio y concluye el 28 del mismo mes. Durante estos seis dias se hacen millones de negocios, y lo que ha venido en mercaderías se vuelve convertido en oro, y lo que ha venido en oro se vuelve convertido en mercaderías.

Aquel corazón que ha palpitado un momento ha bastado para dar vida durante un año, no solo á una ciudad, si no á cuarenta, tanta sangre atrae á sí y ha despedido á las estremidades á cada una de sus pulsaciones.

El 28 se ha terminado la feria: el 29 cada cual carga sus mercaderías y vuelve á tomar su camino: se vacian los almacenes: se cierran las casas: algunos dias todavía los gitanos que han bajado de España para vivir de las sobras del festin, vagan sobre el muelle comiendo en las calles lo que han recogido: por último apuradas las últimas migajas del banquete, desaparecen tambien y Beaucaire vuelve á quedar entregada por un año á su sueño, á su silencio y á su soledad.

El viejo castillo que domina á Beaucaire y que ha metido gran ruido en el siglo XII con sus máquinas de guerra, y en el XVI con sus cañones, está edificado sobre ruinas romanas: sus diferentes obras de fortificacion, son de los siglos XI, XIII y XIV. Desde lo

alto de sus murallas se descubre una magnífica perspectiva, cuyo primer término es Tarascon y Beaucaire, separadas por el Ródano, y unidas por un puente, y el segundo término Arlés, la ciudad romana; Arlés, el Herculano de la Francia sepultado y cubierto por la lava de la barbarie.

Bajamos de nuestro viejo castillo, en el que solo queda completa una magnífica chimenea del tiempo de Luis XIII: atravesamos el puente colgante, que tiene de largo quinientos cincuenta pasos, es decir, cerca de mil quinientos pies: pasamos al pie de la fortaleza edificada por el rey René, y entramos en la iglesia edificada en el siglo XII, restaurada en el XIV.

Esta iglesia se halla bajo la invocacion de Santa Marta, que hospedó á Cristo en su casa. Tiene la construccion de esta iglesia una santa y piadosa historia: la ciencia la niega, pero la consagra la fe: empero en esta lucha del alma que cree y de la imaginacion que duda, ha sido vencida la ciencia.

Marta, nació en Jerusalem. Su padre Siro y su madre Eucharía eran de sangre real. Tenia un hermano mayor que se llamaba Lázaro: tenia una hermana menor que se llamaba Magdalena.

Lázaro era un hermoso jóven, medio asiático medio romano, que no pudiendo emplear su tiempo en la guerra porque Octavio habia dado la paz al mundo, lo pasaba en la caza y los placeres. Tenia jóvenes esclavos comprados en la Grecia, y magníficos caballos traídos de Arabia: y mas de una vez, en un carro de cuatro ruedas, adornadas de marfil y de bronce, precedido por un postillon á caballo habia cruzado por delante del hijo de Dios, caminando descalzo en medio de su comitiva de pobres.

Magdalena era una hermosa cortesana á la manera de Julia, la hija del emperador: tenia largos cabellos rubios que una esclava de Lesbos reunia todas las mañanas sobre su cabeza, sujetándolos con una cadena de perlas: llevaba el manto abierto por delante que dejaba ver una garganta maravillosa sostenida por una redcilla de oro, que los latinos llamaban *Cesicium* á causa de las heridas que ocasionaba en el corazón de los hombres. Llevaba túnicas sembradas de grandas flores de oro y de púrpura, que llamaban en Roma *Patagiata*, del nombre de una enfermedad llamada *Patajus* que dejaba manchas sobre todo el cuerpo: y como sus pies delicados y perfumados cubiertos todos de sortijas y pederías no estaban hechos á andar, la traian literas con cortinas de telas asiáticas, en donde se hacia llevar cual una matrona romana por esclavos vestidos de *Pánula*, en tanto que una criada acompañándola á pie, estendia entre ella y el sol un grande abanico de plumas de pavo real, y los corredores africanos que marchaban delante de ella para abrir-

le paso, hicieron mas de una vez apartarse á un lado para que pasase la litera de la rica cortesana, á aquella pobre Maria que era la Madre del Salvador.

Marta veia con pena todas estas cosas, y frecuentemente intentó reformar la disipada existencia de su hermano, y la disoluta vida de su hermana; porque habia sido una de las primeras que habian escuchado y recogido la palabra de Cristo; pero los dos siempre se habian echado á reir de sus discursos. Por último, les propuso que fuesen á recoger el maná santo que dejaba caer de sus labios el Salvador. Magdalena y Lázaro consintieron en ello: fueron alegres, burlones, é incrédulos; escucharon la parábola del tesoro, de la perla y de las redes: oyeron la prediccion del juicio final: vieron caminar á Jesus sobre las aguas: y volvieron pensativos.

Y aquella misma noche Lázaro dijo á Marta: hermana mia, vende mis bienes y distribúelos á los pobres.

A la mañana siguiente mientras que el Hijo de Dios comia en casa de Simon el Fariseo, entró Magdalena llevando un vaso de alabastro lleno de aromas y perfumes.

Y colocándose detrás del Salvador, se arrodilló á sus pies y comenzó á regárselos con sus lágrimas y á enjugarlos con sus cabellos, los besaba y derramaba perfumes en ellos.

Lo que viéndolo el fariseo que le habia convidado dijo en sí mismo: Si este hombre fuese profeta, sabria quién es la que le toca, y que es una muger de mala vida.

Entonces Jesus tomando la palabra le dijo: Simon, tengo que hablaros: este respondió: hablado, Maestro.

Un acreedor tenia dos deudores: el uno le debia quinientos dineros, y el otro cincuenta.

Pero como no tenian, con qué pagarle perdonó á los dos su deuda. ¿Cuál de los dos le amaria mas?

Simon respondió: Creo que seria aquel á quien mas perdonó.

Jesus le dijo: Muy bien habeis juzgado.

Y volviéndose hácia la muger, dijo á Simon:

Yo he entrado en vuestra casa, no me habeis dado agua para lavarme los pies, y ella al contrario los ha bañado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos.

Vos no me habeis dado un beso, y ella al contrario desde que ha entrado no ha cesado de abrazar mis rodillas.

Vos no habeis derramado aceite en mi cabeza, y ella ha derramado aroma sobre mis pies.

Por eso os declaro que muchos pecados le serán perdonados porque ha amado mucho. Pero aquel á quien menos se perdona ama menos.

Entonces dijo á aquella muger: Vuestros pecados os son perdonados.